

surgimiento del «pathos moral de los clásicos dramas de occidente, o el mal eternamente igual a sí mismo». Síntoma de salud vital frente al cual aparece ocmo ilusoria la utopía contemporánea del progreso ilimitado. Componente éste de inspiración apocalíptica con viejas raíces en el arte hispano, como fruto de «una singular confluencia gótico-expresionista-barroca, entre la influencia nórdica flamenca y la sureña plateresca», que ha pervivido hasta hoy a través de Goya, con cuya obra tiene la de Picasso relaciones innegables. «En esto la actitud del Picasso —escribe Marrero— se asemeja mucho a la de Goya, aunque su arte tenga otras características: moviliza el reino de los instintos y de las pesadillas en función del más crudo realismo, que si tiene mucho de un mundo desacralizado, también tiene bastante de infierno inmanente a ese mismo mundo. Ambos pintores tienden a revelarse como genios con pretensiones absolutas en un tipo de arte con querencias tan extremadas o paroxísticas que hasta parecen autónomas, pero no consiguen desatarse del ser». Un Picasso que, a pesar de sí mismo, afirma que las cosas son y seguirán siendo aunque el hombre se haya empeñado destruirlas: esa es, sin duda, la faceta simpática de sus monstruos.

ANDRÉS GAMBRA.

**Gonzalo Fernández de la Mora: LA ENVIDIA
IGUALITARIA (*)**

Miembro de la Real Academia española de Ciencias Morales y Políticas, antiguo director de la Escuela Diplomática, fundador y redactor jefe de una de las más prestigiosas revistas teóricas europeas —*Razón Española*—, autor prolífico de numerosos libros y artículos, Gonzalo Fernández de la Mora acaba de publicar *La envidia igualitaria*, uno de los mejores ensayos de pensamiento político conservador de los dos últimos decenios.

El análisis en profundidad del problema de la envidia igualitaria remite, como señala el autor, al problema esencial del origen del mal. Hace casi siglo y medio, el gran teórico español de la contra-revolución, Donoso Cortés, cuya obra ha influido

(*) Edit. Planeta, 1984, Barcelona. Aun cuando en *VERBO*, 227-228, págs. 1.094-1098, ha publicado ya una reseña de este importante libro de nuestro amigo Gonzalo Fernández de la Mora, creemos de interés dar a conocer a nuestros lectores la que sigue, aparecida en francés en *La Pensée Catholique*, núm. 219, diciembre de 1985.

sobre muchos politólogos europeos, escribía en una fórmula radical y sugestiva: «toda gran cuestión política supone y envuelve una gran cuestión teológica». La naturaleza humana, ¿es perversa, buena o simplemente caída? Este problema fundamental no ha cesado de rondar o de obsesionar a los filósofos, tanto en oriente como en occidente, tanto ayer como hoy. Ya en el siglo IV antes de Cristo, Mencius, defensor de la tesis idealista, polemizaba con su contradictor Hsün: para el uno, «la naturaleza humana tiende hacia el bien como el agua corre hacia abajo»; para el otro, «la naturaleza humana es el mal», «el hombre nace con la envidia y el odio» y el arte de una vida feliz consiste en dominar las pasiones innatas. Debate eterno del que los especialistas de las ciencias sociales se hacen hoy eco, aunque reactualizando los datos a menudo inconscientemente.

Antes de afirmar que la envidia es un sentimiento de todo tiempo y lugar, Gonzalo Fernández de la Mora procedió a un erudito estudio a través de la historia y de la obra de unos sesenta autores, lo que constituye la primera parte de la obra. De él resulta un amplio consenso sobre dos puntos: «la condición envidiosa de la naturaleza humana y la radical malignidad de este sentimiento». Ante el carácter llamativamente restringido de la literatura sobre una tendencia tan universal y negativa, el autor concluye que «la humanidad ha reaccionado ante la envidia con mucha mayor ignorancia y ocultación que antes el sexo».

Pero, ¿qué es la envidia? Gonzalo Fernández de la Mora la define como un malestar que se siente ante una felicidad ajena, superior, deseada, inaccesible y no asimilada. El hombre no se conoce sino por comparación con los otros hombres; no se forja una idea de sí más que en relación con otros. De lo que resulta forzosamente que en múltiples aspectos se siente inferior a muchos. De aquí una envidia potencial que se convierte en efectiva cuando el sujeto es incapaz de superar su inferioridad o de asimilarla. «El *quantum* de inferioridad impotente, inasimilable, que en ciertas personas es mínimo, marginal y fugaz, y en otras inmenso, central y permanente, es la verdadera razón de que la envidia sea un fenómeno universal». En cuanto a la oscura relación psicológica entre la envidia y la igualdad, el autor nos la desvela en dos frases lapidarias: «La igualdad es la promesa paradisiaca para los envidiosos, el remedio definitivo». «El igualitarismo es el opio de los envidiosos, y los demagogos son los incitadores interesados de su consumición masiva». Sin miedo a exagerar el trazo, añade: «la envidia se ha convertido en el factor decisivo de las confrontaciones políticas contemporáneas, con

raras excepciones como la de los Estados Unidos de América donde la emulación ha prevalecido sobre la envidia. Si se prescinde del sentimiento de envidia, la historia resultaría inexplicable desde la Revolución de 1789 y, sobre todo, desde el Manifiesto comunista de 1848».

Tras un estudio sistemático de la envidia desde el doble punto de vista histórico-literario y teórico, Gonzalo Fernández de la Mora consagra la tercera parte de su obra a una brillante defensa de la desigualdad creadora. Estas páginas, claras, densas y ricas en ideas a menudo originales, son, a nuestro juicio, las mejores. Contienen una crítica rigurosa e implacable de la idea igualitaria. No pudiendo resumir aquí el contenido —el espíritu sintético del autor haría el empeño difícil y aventurado—, nos haremos eco solamente de algunos aspectos más significativos.

Una sociedad no puede ser ni absoluta y puramente jerárquica, ni absoluta o puramente igualitaria. Por su naturaleza misma, toda sociedad implica diferencias, desemejanzas y comporta inevitablemente relaciones igualitarias y relaciones jerárquicas en proporciones variables según épocas y lugares. Los hombres son, en efecto, desiguales, no sólo por sus diferencias biológicas, físicas e intelectuales, sino también a causa de las necesidades constitutivas de la sociedad. No todo el mundo es apto para cualquier cosa, pero además con aptitudes iguales se da una diferencia en la competencia de cada uno según su esfuerzo por adquirir el saber y la experiencia indispensables.

El mensaje revolucionario de Rousseau y de Marx, mitificado y elevado al rango de dogma, es falso o infecundo. «En realidad —afirma Gonzalo Fernández de la Mora— la verdad es lo contrario: la naturaleza, que es jerárquica, engendra a todos los hombres desiguales, y la sociedad que es homogeneizadora trata de hacerlos similares y de guillotinar sus particularidades individuales». El autor invierte alegremente algunos de los tabús del pensamiento progresista, el de los ideólogos que creen encontrar en la política y la economía una verdad universal: ¿La igualdad ante la ley? ¡Una ficción! Para que existiera sería necesario que sólo hubiera normas generales, universales e inmutables. ¿La igualdad política? Muy limitada como derecho y posibilidad de dar y de recibir el poder, no existe en absoluto en el aspecto de la condición real de los ciudadanos. ¿El *consensus* mayoritario? Ya decía Pascal crudamente: «¿Por qué se sigue a la mayoría? ¿Porque tiene más razón? No, porque posee más fuerza». ¿La igualdad de oportunidades? Su aplicación pro-

longada y sistemática conduce a una sociedad jerárquica y meritocrática incompatible con la igualdad de los salarios. ¿La igualdad económica. En la medida en que acarrea una discriminación de oportunidades es incompatible con la igualdad ante la ley y en contradicción con la igualdad política entendida como un voto igual a otro y sólo un voto por cada ciudadano.

En definitiva, escribe Gonzalo Fernández de la Mora, «la igualdad no existe, y todo el problema político se reduce a reglamentar las desigualdades sin dificultar el impulso de autorrealización que es lo más noble del hombre y el motor de la historia». El igualitarismo es, más que un sueño utópico, una pesadilla imposible. «Sólo se puede satisfacer la envidia igualitaria de un modo transitorio y localizado a costa de la involución cultural y económica». Dos aforismos ponen final a la obra y resumen el pensamiento del autor: «La envidia igualitaria deletérea dicta páginas oscuras de la historia, en tanto que la emulación jerárquica creadora escribe en ella sus páginas de esplendor». En fin, «la igualdad conlleva siempre el despotismo, y la desigualdad es el fruto de la libertad».

Uno de los grandes méritos de «La envidia igualitaria» es el de estimular al hilo de sus páginas las reflexiones y comentarios del lector. Nos limitaremos, por nuestra parte, a formular algunas observaciones e interrogantes que no afectan al valor intrínseco de la obra.

Puede, ante todo, parecer lamentable al historiador de las ideas que el autor no haya juzgado útil el apoyar más expresamente su análisis en los trabajos de filósofos modernos o contemporáneos que han abordado ya el problema de la pasión igualitaria, ni citado los grandes escritores contrarrevolucionarios, conservadores-revolucionarios, liberales-elitistas y maquiavélicos. Especialmente: Burke, Tocqueville, Carlyle, Spengler, Ortega Gasset, y, sobre todo, Nicolás Berdiaev, uno de los pensadores más incisivos de nuestra época, cuya obra clásica «La filosofía de la desigualdad» ha sido objeto de excelentes comentarios y desarrollos por parte del eslavólogo Março Markovic (París, N. E. L., 1978).

Es lástima igualmente que el autor no se haya interesado por la alternativa propuesta por la Nueva Derecha europea: monoteísmo o politeísmo, universalismo o nominalismo, esencialismo o existencialismo, identidad o diferencia. Es sabido, en efecto, que de diez años a esta parte el igualitarismo es el blanco principal de la Nueva Derecha europea y de sus principales representantes: A. de Benoist, G. Faye, J. Freund, A. Mohler,

L. Rougier, etc. Brillante sintetizador de ideas, el redactor-jefe de «Nouvelle Ecole», Alain de Benoist, lo explica: «Nuestra civilización muere hoy de un igualitarismo que parece triunfar por doquier. El ciclo igualitario toca así a su objetivo. Según el proceso clásico de desarrollo y de degradación de los ciclos, el tema igualitaria ha pasado en nuestra cultura del estadio del mito (igualdad ante Dios) al estadio de la ideología (igualdad ante los hombres) y, más tarde, al estadio de pretensión científica (afirmación del hecho igualitario); en resumen: del cristianismo a la democracia, y de ésta al secularismo o al marxismo. El gran reproche que puede hacerse al cristianismo es el de haber inaugurado este ciclo igualitario introduciendo en el pensamiento europeo una antropología revolucionaria de carácter universalista y totalitario...». «Es preciso ser nominalista porque la esencia, universal por definición, es también y por lo mismo identitaria, virtualmente totalitaria».

Este proceso de igualitarismo hubiera merecido ser mencionado tanto más cuanto que la visión del mundo en que se arraiga ha sido también objeto de una crítica no menos radical de parte de los filósofos esencialistas. En efecto, en los más prestigiosos representantes de la derecha tradicional generalmente cristiana —en especial Vintila Horia, Tomás Molnar, Vallet de Goytisoló, G. Volpe o los profesores de la Sorbona C. Palin y C. Rousseau—, la referencia a la esencia es, al contrario, intrínsecamente anti-igualitaria. Establecer la esencia del hombre es proponer un modelo perfecto del hombre con el que cada uno puede compararse individualmente. Pero nada en la esencia implica su necesaria actualización. «Desde que la noción del hombre no se refiere a ninguna esencia —escribe Rousseau—, no existe razón alguna para que los individuos no sean entre sí radicalmente equivalentes. Dejando de verse contrastados por su grado de participación en una naturaleza que les ha, en hipótesis, abandonado, no podrán concebirse unos frente a otros más que como iguales: entre singularidades absolutas, incommensurables por definición, ¿no será esa la única relación que permanezca?». Aun más, si la mayoría de los filósofos contemporáneos rehúsan adoptar la noción de esencia es «porque contradice el principio igualitario», como lo vieron bien Rousseau, Marx y sus discípulos actuales tal como el «politeísta de izquierda» D. L. Miller. (Cf. «The new Polytheism», Harper and Row, 1974). En cuanto al Estado totalitario, Molnar señala que es ante todo un Estado pagano en el que la religión coincide con el civismo.

De este debate teórico, que algunos juzgarán un tanto in-

telectualista, Gonzalo Fernández de la Mora se hace, a pesar de todo, un eco implícito en su ensayo. Parece incluso participar de los supuestos de la Nueva Derecha cuando afirma: «La igualdad entre los hombres es una vieja ilusión... Sus tres momentos decisivos son el cristianismo, el demoliberalismo y el socialismo, que corresponden al igualitarismo religioso, político y económico». Pero su pensamiento permanece ambiguo en este punto. Lejos de extraer las últimas consecuencias de su afirmación, demuestra al contrario, unas páginas después, el carácter aristocrático de la doctrina de la gracia en toda la enseñanza cristiana. «El cristianismo supone una igualdad de llamamiento y no una igualdad de resultados» —escribe. «La Posición inigualitaria del catolicismo no es, en definitiva, diferente de la adoptada por las otras grandes religiones: si el alma es libre e inmortal y si existe un orden moral y un Dios justo, conviene que haya una correspondencia entre la conducta en el mundo y el grado de felicidad eterna». (Existe diversidad de dones espirituales —dice el apóstol Pablo—. «A cada uno le es dada la manifestación del espíritu en orden al bien común...»). «Todo esto, es el mismo y único espíritu quien lo opera, distribuyendo sus dones a cada uno como quiere» (1 Co 12). Según el Concilio de Florencia, algunos elegidos contemplan a Dios con mayor perfección que otros en función de sus méritos. De lo que resulta que para el creyente que acepta estas disparidades incommensurables, «las desigualdades del mundo le aparecen como futilidad despreciable». Sin embargo, dado que la controversia sobre los orígenes del pensamiento igualitario ha movilizadо recientemente a buen número de pensadores políticos europeos, hubiera sido en nuestra opinión útil y deseable —aunque sólo fuera por razones didácticas e históricas— que Gonzalo Fernández de la Mora recordase este acontecimiento cultural y diera cuenta de los principales trabajos que, de una y otra parte, han contribuido a renovar el debate, como por ejemplo, «Las idées à l'endroit» de Benoist (París, Hallier, 1979), o «Les illusions de l'Occident» de Polin y Rousseau (París, Albin Michel, 1981).

Es de lamentar, en fin, que Gonzalo Fernández de la Mora no haya distinguido suficientemente el anti-igualitarismo de idea del anti-igualitarismo de interés, recordando que la aristocracia del espíritu se caracteriza ante todo por el equilibrio entre los derechos que se artibuye y los deberes que se impone. Sin duda, tiene razón al afirmar que «la envidia igualitaria es el sentimiento social reaccionario por excelencia», pero no es menos cierto que el «egoísmo elitista» es un sentimiento social igual-

mente reaccionario (¿no es, entre otras cosas, ampliamente responsable del dramático colapso demográfico de Europa?). Cabe admitir con él que el ideal igualitario no es en absoluto atractivo cuando se traduce en proposiciones concretas. Pero habrá que preguntarse si no es perfectamente inteligible, incluso seductor, cuando expresa una protesta contra un poder injusto o contra privilegios cristalizados. Se convendrá, en fin, que el fondo del problema de política social no estriba en la situación económica de los gobernados, sino en la calificación que merezcan las clases dominantes y en ascenso. Calificación política, pero también y sobre todo moral, porque «el espíritu por sí mismo no ennoblece». Dicho esto, cabe preguntarse si la importancia de la dimensión propiamente religiosa del problema —especialmente la necesidad de un código de valores trascendentes— no es más fundamental que lo que deja entrever Gonzalo Fernández de la Mora a partir de criterios estrictamente racionalistas y positivos. Como lo ha visto con justeza uno de los más grandes historiadores franceses, el profesor P. Chaunu: «Un acontecimiento colosal se ha producido en la historia de la humanidad: una civilización se hace atea...». «Estamos —dice— en ocasión de vivir el final de la convicción más antigua de la humanidad, a saber, que existe algo después de la muerte, y que, por ello mismo, la vida posee un sentido». Así, y precisamente, por volver al tema que nos preocupa, toda la cuestión estriba en saber si, en la medida en que es un esfuerzo por encontrar el modelo del hombre en el hombre mismo, el pensamiento igualitario no está necesariamente impregnado de materialismo y de ateísmo.

Estas observaciones—más de matices que de divergencias—no nos impiden recomendar a los hispanistas la lectura del ensayo magistral de Gonzalo Fernández de la Mora ni de desear que una traducción de «La envidia igualitaria» proporcione pronto al autor todo el amplio público que merece.

ARNAUD IMATZ.